



## REVISTA DE LOS CAZADORES.

## APUNTES SOBRE ARMAS ESPECIALES DE CAZA.

(Continuación.)

Tenemos, pues, tres clases de armas para las tres principales clases de caza, que son: para la costa del mar y grandes lagos, la «patera», si se permite el uso de este término para mayor brevedad, montada sobre una cureña de horquilla ó de muelle, según su mayor ó menor peso y calibre, que á mi ver debe ser el primero de 60 á 70 libras, la de un cañon, y de siete á ocho arrobas la de dos cañones, con un calibre de 35 milímetros de ancho y nueve pies de largo, fija esta cureña en una lancha plana, por el estilo de las que usan en la Albufera de Valencia, y cuya descripción se hará en otro lugar: para la caza de puesto y rios, una escopeta de un cañon de 32 á 40 adarmes y cuatro á cinco pies de larga, y que llamaremos «mosqueton» para abreviar, del peso de 15 á 18 libras: y para la caza de pantano, una escopeta del calibre 16, con 48 diámetros por longitud, y unas siete libras de peso.

Para todas las armas de agua es donde se reconoce la inmensa ventaja del sistema Lefauchaux: en la caza de lancha, la operación de la carga por la boca es peligrosa,

por la facilidad de perder el equilibrio, cayendo al agua, resbalándose sobre el hielo que suele formarse en el medio puente de la lancha durante los grandes frios, que es cuando mejor se da la caza; es pesada, pues se necesita hacer girar la «patera» sobre su eje para poderle echar la pólvora primero, luego los tacos (que siempre deben ser elásticos y engrasados) y los plomos, por medio de un baqueton larguísimo, embarazoso, y muy fácil de perder por caer al agua; además, como el cañon está siempre en posición casi horizontal, no quedan ni la pólvora ni el plomo tan bien sentados como cuando está perpendicular el arma, y si está húmedo el cañon, que es muy fácil, se comunica la humedad á la pólvora rebajando su fuerza. Con cartuchos Lefauchaux, la carga es pronta, exacta y seca; pues se puede llevar en un estuche impermeable una docena de ellos, de varios tamaños de munición, teniendo la gran ventaja de poder cargar ó mudar de cartucho en un momento, sin ponerse de pié ni aun de rodillas en la lancha, y sin ofrecer bulto ni movimiento que alarme la caza, evitando además el tener que tirar á veces con munición demasiado gruesa, cuando convendría mejor más menuda, ó

vice-versa. Para el «mosqueton» es tambien mejor este sistema, pues disminuye los utensilios necesarios y el ruido, y abrevia las operaciones: y finalmente, para la escopeta pequeña que hay que llevar siempre en la lancha para rematar los heridos por la patera, que es la mejor parte de la diversion de la caza en lancha, y que llamaremos «caza de cojos ó de bulla,» porque al empezarla se prescinde del silencio y de la inmovilidad que hay que guardar mientras se consigue ponerse á tiro de «patera,» y que es tambien la más productiva porque la proporcion de los heridos con los muertos en el acto es siempre doble: es incontestable la ventaja de poder cargar y tirar con triple velocidad.

Pasemos ahora á las municiones: la pólvora para caza de agua debe ser gruesa, pues tiene más fuerza y se conserva mejor entre la humedad que siempre hay en los sitios donde se usa, y sobre todo en las costas. Cuanto mayor el calibre, más gruesa debe ser, y esta es otra ventaja del cartucho Lefaucheux, que no necesita grano tan fino como el que se usa para las chimeneas de piston. Los plomos para las pateras deben ser tambien proporcionados al calibre, y para que sirva de guia á los aficionados, transcribo una tabla, hecha por el coronel Hawker, del número de granos que entran en cada onza; con cuyo dato, y tomándose el aficionado el trabajo de medir una onza de cada clase de los que se fabrican en España, y contarlos, podrá conocer la correspondencia de unos y otros números, ya que por desgracia hay tan poco esmero y exactitud aquí en la numeracion y clasificacion de los plomos en las distintas fábricas, que los mismos números corresponden á distintos tamaños, y el cazador práctico los tiene que tomar á ojo, y el novicio pide un número dado y toma lo que le dan, con la duda siempre de si serán ó no adecuados á la caza que se propone.

*Tabla de municiones de la fábrica de Walker y compañía, Londres.*

POSTAS FUNDIDAS EN MOLDE.

Marcas.	Número de granos en una onza.
L. G. . . . .	5 $\frac{1}{2}$
M. G. . . . .	casi 9
S. G. . . . .	11

Marcas.	Número de granos en una onza.
S. S. G. (1) . . . . .	15
S. S. S. G. . . . .	17

HECHOS COMO PERDIGONES.

(Cayendo por criba.)

A. A. . . . .	40
A. (2) . . . . .	50
B. B. . . . .	58
B. . . . .	75
1. . . . .	82
2. . . . .	112
3. . . . .	135
4. . . . .	177
5. . . . .	218
6. . . . .	280
7. . . . .	341
8. . . . .	600
9. . . . .	984
10. . . . .	1,726

Dejamos el *placer* de contar y usar los de mostacilla y nube ó polvo, como algunos los llaman, á los que recomienden su uso.

Los tacos para las escopetas menores serán de fieltro grueso engrasado y un poco mayores que el calibre, para que entren prietos y limpien y conserven el cañon de la humedad. Para las pateras grandes (cargadas por la boca), el mejor taco es una pelota muy justa de estopa fina, bien arrollada como un ovillo, para que se adapte bien á los distintos anchos del calibre; pero siempre es mejor, como ya se ha indicado, el sistema Lefaucheux, con un taco de fieltro engrasado sobre la pólvora y culote, y que tenga de grueso la mitad del diámetro del cañon. Encima de la municion debe ser más delgado, pues no hay objeto en aumentar la resistencia, y basta con que los plomos no tengan movimiento.

Para la caza de pantano, el equipo del cazador es igual al que se usa en tierra firme, con excepcion de las botas, que deben ser

(1) Mejor hechos y los más útiles de todos los que se hacen en molde.

(2) Para patera, en general, al vuelo, cuando la caza está recelosa, es la mejor municion para aves acuáticas, pues proporcionan diez tiros largos para cada uno á regular distancia, y suelen volar mucho despues de mortalmente heridas. Pero para la caza á flote, de noche, y en regla, con un cañon de setenta libras que queme dos onzas de pólvora, el perdigon núm. 1 dará mejores resultados, bajo todas circunstancias, que todos los otros números.

impermeables (lo mismo las suelas que las cañas), ligeras, flexibles, y que lleguen á las ingles; manteniéndose á la altura debida por medio de unos cordones, ojales, ó hebillas que se unan al cinturón. Debajo de ellas se debe llevar medias recias pero de tejido claro de estambre, para evitar que la falta de ventilación por la impermeabilidad de la bota no deje salida á la transpiración, obstruyéndose así los poros y produciendo con facilidad enfermedades. Para esta caza deben ir dos personas, y llevar cada uno su madeja de cordelillo fino pero fuerte, de 20 varas de largo, con una pesa ó gancho de una libra de peso, para poder arrojársela al compañero y ayudarle á salir de cualquier atolladero. También es mejor una correa para colgar la caza, que no un morral de costado, para poderse entrar más fácilmente en los carrizales. Otros prefieren el morral de espalda.

Para la caza de espera desde la orilla, se necesitan otros utensilios, de que trataremos muy pronto, así como de lo necesario para la gran caza de agua con lancha, diversion magnífica, pero que requiere carruajes, lanchas, y muchas cosas costosas, á cuya explicación dedicaremos otros trabajos.

M.

## LA ZORRA.

SUS COSTUMBRES Y MEDIOS PARA CAZARLA.

(Conclusion.)

Las maneras y ardides que se usan más generalmente para cazar las zorras son: *en ojeo, á la espera, al chillo, en mano, al humazo, con perros galgos y podencos*, y por último *con cepos*.

La caza de zorras no requiere tanto aparato como la del lobo, siendo esta más fácil y divertida. Así como todos los perros en general respetan al lobo, con la zorra les sucede lo contrario, y hacen su caza voluntariamente y aun con placer, pues aunque el olor que despide es sumamente fuerte, la prefieren al ciervo, al corzo y aun á la liebre, y se la puede cazar con galgos y podencos.

*En ojeo.*—Los ojeos se deben coger algo largos, siendo igual el número de escopetas que el de ojeadores y llevando buenos perros podencos. Puestas convenientemente las escopetas, á la seña del director de ellas principiarán los ojeadores á marchar dando voces, palos en las matas y silbidos, á la par que los perros con sus cencerillos van ha-

ciendo ruido por todos lados; y como la zorra es en extremo sentida, no tarda en salir de los matorrales en que estuviere encamada, no dando lugar á que ningún perro la eche, llegando á las escopetas de manera que la tiren con facilidad: se tendrá muy presente el verificar los ojeos siempre en contra del aire, pues no haciéndolo así, es muy fácil se salgan del ojeo.

*Á la espera.*—La espera se hace en las praderas en donde se vean señales de zorras, ó bien á la salida de las zorreras, siempre que se tenga seguridad de que están aquellas dentro: para ello bastará situarse por cima de la boca, guardando el mayor silencio, pues el menor ruido que sientan las advierte el peligro: en las praderas se hace de la misma manera, pero siempre debe situarse el cazador en contra del aire.

*Al chillo.*—Esta manera de cazar las zorras es muy segura; el chillo, como saben todos los aficionados, es imitar la manera como lo hacen los gazapillos; bastará, en un sitio en que se sepa que hay zorras, esconderse el cazador en una mata y chillar, á la vez que deberá estar muy alerta, pues la zorra, en el momento que llega á sus oídos el chillido, parte derecha al sitio, con bastante velocidad, á pesar de que algunas veces hace sus paradas para escuchar y seguir con más acierto, no tardando en presentarse á la vista del cazador, que por lo regular la debe tirar parada.

*En mano.*—Para verificar este modo de cazar la zorra, bastará que el cazador lleve un perro obediente y que cace á la mano, con la cualidad de entrar bien en los matorrales espesos y zarzales, que es donde más las gusta estar; una vez entrado el perro ó perros en un zarzal, el cazador ó cazadores deberán rodearla bien y aprovechar el momento de su salida, pues no siendo en este, no volverán á tirarla: algunas veces suele acontecer el ir buscando conejos, perdices, etcétera, y sale cuando ménos se piensa una zorra; pero pocas veces sale á tiro, por el motivo de ser muy sentida: sin embargo, se matan algunas en mano.

*Al humazo.*—Se hace uso de este medio, con el objeto de descastarlas. Hé aquí cómo se practica: se reconocen primero las bocas de las zorreras, que por lo general suelen tener dos, tapando la una con piedras, broza y tierra bien apisonada; dejando para el humazo la que mire á la parte por donde venga el aire; por esta boca que queda destapada, se introduce lo más dentro que sea posible, paja, unas cuantas pajuelas y algunas guindillas y bastante retama verde, que es lo que causa más humo; se prende fuego, continuando por un rato echando paja, leña y retama, para que el humo sea abundante, soplando al mismo tiempo para que este se introduzca bien en la zorrera: después se tapa esta boca con palos puestos de

punta hacia dentro, con piedras y tierra bien apretada, á fin de que no pueda escarbar para salirse. Este es uno de los mejores medios para destruir las zorras, principalmente en el tiempo de las crias, pues se consigue ahogar á todos los animales que haya dentro de la zorrera.

*Con jauría de galgos y podencos.*—Esta cacería de zorras, es la más divertida de todas: los cazadores deberán ir puestos de la manera que se hace en mano; los podencos van metiéndose por los matorrales y zarzales, y tan luego como echan una zorra, principian á latir, avisando de esta manera á los galgos, que tan pronto como la ven la alcanzan si el terreno lo permite: ella se vale de sus mañas para burlar las asechanzas de sus perseguidores, y aun á veces cuando los perros están cerca de ella, los rocía con el rabo humedecido por su orin, haciéndoles perder un tiempo que aprovecha la zorra con facilidad ganando pasos, con el objeto de llegar libre á la zorrera; esto sucede pocas veces, pues hay galgos tan finos y valientes para las zorras, que antes que lleguen los podencos ya han conseguido su muerte.

*Con cepos.*—Con cepo se cazan, colocando este en las veredas por donde transitan, que se conoce por las huellas y el escremento, haciendo antes un hoyo para enterrar aquel, de manera que quede bien disimulado, sin que nada se conozca despues de armado; es decir, que se cubra con la misma clase de tierra y yerba que antes tenia, de manera que no extrañen lo más mínimo en el terreno que ellas perfectamente conocen.

He demostrado los medios más usuales que hay para la caza de las zorras, habiendo prescindido de otros, como la trampa de báscula, los chorizos envenenados, etc., y que no dudo estarán al alcance de mis compañeros de afición (1). Concluiré encareciendo la necesidad de perseguir por cuantos medios están al alcance de los aficionados uno de los mayores enemigos que tiene toda clase de caza.

LUIS ORTEGA.

## BIOGRAFÍA.

### EL BARON HAUNS DE HENFERNSTEN.

(Continuación.)

Llevada á cabo la cacería en los bosques de Fontainebleau, tuvieron por la noche una gran comida en la casa del superintendente Fouqué, y entre los calurosos brindis de los postres, Chavigny indicó los deseos del cardenal, diciendo al baron de Henfernsten, que contaban con su in-

fluencia cerca del duque para llevar á cabo la completa armonía. Disculpábase Bernardo, negando que tuviese tal influencia sobre Gaston, y entonces los del bando de Richelieu le dijeron á una voz que si él no queria encargarse de inclinar la voluntad del príncipe, que diera la comisión á su esposa la hermosa Albertina, quien de seguro no encontraría dificultades que vencer.

Sorprendieron al baron tales palabras, y tratando de obtener aclaraciones, pidió satisfaccion á quien las habia dicho; pero no fué poca su sorpresa al ver que todos se echaban á reir, celebrando la agudeza.

Loco y desesperado, no sabia ya lo que decia, cuando se le acercó Raul.

—Baron, le dijo, vuestro dolor me parece demasiado sincero para creer que estais representando una farsa. ¿Es cierto que no sabeis lo que sabe, no solo toda la corte, sino todo el reino?

—Pero ¿qué saben? contestó Bernardo, sin tener ya conocimiento de lo que decia.

—Que la baronesa de Henfernsten es la querida de Gaston de Orleans.

No bien acabó Chavigny de pronunciar estas palabras, cuando un guante vino á tocar en su rostro, acompañado de un «mentis, caballero.» Era el hermano del baron, que hacia suya la ofensa.

Raul aceptó el duelo y perdió en él la vida, siendo herido además uno de sus padrinos.

El baron no volvió á ver á la esposa, que arrepentida de una falta, cometida más por vanidad que por liviandad, se encerró en un convento; y el hermano de Henfernsten, para quien la corte no habia tenido nunca grandes atractivos, tomó la carrera eclesiástica.

Triste era, en verdad, la situación moral de nuestro héroe: hacia pocas semanas que contaba con todos los favores de la fortuna: tenia por amigo un príncipe, por esposa una de las mujeres más hermosas y discretas de la corte, y además un hermano que le amaba tiernamente, hasta el punto de haber expuesto su vida por vengarle. Ahora se hallaba solo en un país que no era el suyo, y con una mancha en su nombre, imposible de lavar con la sangre de su enemigo.

Mucha filosofía era necesaria para no cometer un acto de desesperacion; pero los alemanes son los filósofos por excelencia, y el baron de Henfernsten tuvo la grandeza de alma de confesar que habia merecido su desgracia por los engaños de que se habia valido para hacerse esposo de la hija del conde de Rochefort.

Contentóse, pues, con abandonarla, juró que jamás sus palabras ni sus miradas volverian á cruzarse con las de una mujer, aun cuando fuese la misma Vénus en persona, y regresó á su castillo de Viena.

(1) Un distinguido colaborador de este periódico ha mencionado en el núm. 4 de este año otro medio de cazar la zorra.

Los recuerdos de su tranquila juventud, las dulces horas pasadas en compañía de su hermano, recorriendo juntos las alegres campiñas y los espesos bosques, y hasta la llegada del mismo Gaston de Orleans, cuya fatal amistad le había sacado de su vida apacible, todo se presentó á su imaginación para atormentarle.

Encerrado en sus habitaciones, pasó día tras día hasta que un anciano montero, antiguo servidor de la casa, y que tenía á Bernardo un verdadero cariño, atreviéndose á contravenir sus órdenes, penetró en su encierro, seguido de un amigo tan antiguo como él, también muy querido en otro tiempo del joven barón.

Era este un hermoso sabueso blanco, de raza sajona, de aquellos que solo se hallaban en el centro de la Alemania en las perreras de los buenos cazadores.

No bien el hermoso animal hubo salvado el quicio de la puerta, se avalanzó al asiento del barón, colocando su inteligente cabeza sobre las rodillas de su amo, aullando con voz honda y lastimera. Las caricias del sabueso y las instancias del fiel servidor, lograron por fin sacar á Bernardo de sus meditaciones, y volverle á la vida real. Por otra parte, contando solo poco más de treinta años, la sávia de su rica juventud aun no se había extinguido, y habiendo renunciado para siempre al amor y á la ambición, como para nada en el mundo hubiera vuelto á poner los pies en ninguna corte, ni á figurar en política, necesario era dar á su vida algún destino; y naturalmente, las inclinaciones de sus primeros años volvieron á recobrar el imperio que la amistad del príncipe francés, y mas tarde sus amores y su matrimonio las habían usurpado.

Animado, pues, por su anciano montero giró una visita á las caballerizas del castillo y fué á prodigar una caricia á sus hermosos perros, que entonaron un coro de aullidos capaces de ensordecer á otro que no fuera un bravo miembro de la cofradía de San Huberto.

SOFÍA TARTILAN.

(Continuará.)

## UN DIA DE CAZA DE AGUA.

Durante un invierno tan frío que se helaron muchas lagunas y rios de segundo orden, me hallaba pasando una temporada en la Mancha, no lejos de Villarrobledo, con unos parientes y amigos. Sabiendo estos mi afición á la caza, de la que también participaban, me facilitaron todos los medios de divertirme, saliendo una vez unos y otras veces otros á acompañarme, de modo que raro era el día que no iba al monte, al río, ó á una laguna, que á corta distancia del pueblo se halla, variando así la diversion. De los días que más me divertí, si no por la cantidad de piezas, por su

clase y por las dificultades que hubo que vencer, sin faltar su pequeña parte de riesgo, fué uno en que fuimos un amigo, á quien llamaremos don José, un criado, un perro y yo, á la laguna indicada. Como la distancia á esta no llegaba á una legua, y en el camino había varias acequias y sitios donde era probable encontrar gansos, patos, becasinas y otras aves de agua, determinamos ir á pie, llevando el criado una merienda razonable para no tener que perder tiempo en día tan corto, pues no se podía contar como tiempo útil más que desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde.

Salimos, pues, á las ocho de la mañana, desayunándonos antes *sólida y líquidamente*, porque las emanaciones pantanosas son siempre al estómago en ayunas muy contrarias y perjudiciales, como lo consignó (y si no lo hizo, debió haberlo hecho) Hipócrates en sus aforismos.

Mi amigo D. José era un bello sugeto, muy amable, y furibundo aficionado á la caza, tirador como pocos de España en monte y raso (pero que se había ejercitado poco en la caza de agua, única ventaja que yo le llevaba por mi larga estancia en los países del Norte de Europa, donde es la más favorita), y á quien en otras cacerías de llanuras no era yo capaz, según el dicho vulgar, de *llevarle los tacos*.

Llevábamos los dos nuestras escopetas de dos cañones, y el criado llevaba mi viejo rifle inglés por si pudiera presentarse ocasión de usarlo para avetardas (que generalmente se escribe avutardas) ó gansos. Para los patos, en un cañon, plomos de 4.<sup>a</sup>, por contar solo con tirar á los que sorprendiéramos entre los carrizos de las orillas, y de 6.<sup>a</sup> en el otro para becasinas y pollas de agua.

Al llegar á un cuarto de legua del pueblo encontramos una acequia de una vara y media de profundidad (que tenía muy poca agua, y sirve de desagüe á aquellos campos cuando se empantan por las muchas lluvias, llevando las aguas sobrantes á la laguna), y seguimos cada uno por una orilla registrando la maleza y el terreno con cuidado por si veíamos algún bando de patos pastando en los sembrados inmediatos, con el objeto de meternos entonces dentro de la acequia, y encubiertos por ella tratar de ponernos á tiro.

Andando así un buen trecho, divisamos á lo lejos un bando de unas tres docenas de gansos á corta distancia de la margen derecha, paciendo un sembrado de trigo; por lo que me metí en la acequia y me dirigí hacia ellos andando despacio, con el agua á los tobillos en los sitios donde no estaba helada, que solo era donde había algún manantial; pero llevaba botas impermeables, y no me importaba esto; mi compañero que no las tenía, prefirió quedarse con el criado y el perro, ocultándose al abrigo de unas juncadas, con la esperanza de si al tiro se dirigían al río, poderles tirar al paso.

Cuando calculé que había llegado cerca del sitio donde estaban, aproveché una juncada para asomarme detrás de ella, y los ví á unos ochenta pasos; el terreno era enteramente llano y sin nada más que el sembrado para cubrirse, siendo, por lo tanto, imposible acercarme más: mucho sentí no tener perdigones del número 1.<sup>o</sup>; pero no teniendo otro recurso, y habiendo dejado el rifle con el criado, tiré al más cercano, que á pesar de soltar plumas y quedarse un momento aturdido, siguió con trabajo á sus compañeros, recibiendo

al pasar por encima de D. José otro tiro, que lo acabó de estropear, aunque tardó mucho en caer.

Entre tanto se iba pasando el tiempo, y no pudiéndose hacer nada en aquella llanura ni en las orillas de la acequia, por estar helada, y haberse ido las becasinas á los manantiales de la laguna y del río (que en aquel país los llaman «*chortales*»), y que nunca se hielan, obedeciendo á sus costumbres, que son las de tener siempre los pies en el agua, pero el cuerpo en seco, determinamos ir derechos á la laguna, donde llegamos antes de media hora.

Esta laguna ocupa una extensión de medio cuarto de legua corto, en forma casi redonda, en una hondonada que hace allí el terreno, mediando entre la tierra firme y el agua una faja ó playa pantanosa de unas ochenta varas de anchura segun suben ó bajan las aguas, toda ella cubierta de carrizos y otras plantas propias de tales sitios, que ofrecen un albergue de mucha querencia para todas las aves acuáticas, y que por abundar en hervideros y manantiales (que son por cierto salinos sulfurados), no se suelen helar, por cuya razón tenemos fundado motivo para esperar encontrar becasinas y patos.

Al dar vista á la laguna, observamos que estaba helada toda su superficie, y que se paseaban por encima del hielo muchos patos de varias clases, entre ellos bastantes *colliverdes*, que algunos llaman ánades reales, no faltando tampoco *silbadores*, y algunas bandas de gansos; pero todos estaban demasiado lejos para tirarles con plomos, pues el más cercano se mantenía á 150 varas de los carrizales.

Sabiendo que al primer tiro que dirigiésemos á las becasinas del prado intermedio, todos los patos se marcharían á otra parte, y pareciéndome mal que se fuesen sin siquiera intentar el quedarme con alguno, dejé la escopeta, tomé mi viejo rifle, me metí por el prado, cubierto por los carrizos, con el agua á los tobillos, hasta llegar á la orilla verdadera de la laguna, que estaba hecha un espejo de hielo, y asomándome con toda precaución vi á unos ciento veinte pasos un hermoso colliverde tan grande como una pava, que estaba mirando derecho á mí.

No quise desperdiciar tan buena ocasión, y apuntándole con cuidado, le solté el tiro, á cuyo estampido levantaron vuelo todos los que le acompañaban, quedándose él solo tendido sobre el hielo. Llamé al perro, que vino corriendo, pero al llegar al hielo se le fueron los pies y cayó, y por más persuasivas y amenazas de que me valí para que entrase en busca de la pieza, se negó rotundamente á dar un paso en aquella dirección; por lo que, viéndome en la alternativa de perder la caza ó ir yo mismo por ella, examiné el hielo, y viendo que tenía tres dedos de grueso, conocí que yendo á paso ligero sin detenerme, podría llegar sin mucha exposición al pato, que estaba resuelto á traerme aunque me costara un baño.

Dejé, pues, sobre un altílo seco el rifle y lo que me pudiera estorbar en caso de hundirse el piso, y me encaminé al hielo. Mi compañero al ver esto, principió á llamarme á voces, queriéndome disuadir de mi empresa, y es seguro que si hubiera estado cerca de él ó que no hubiera tenido que entrar en el agua para detenerme, no me hubiera dejado salir de la orilla.

Entre tanto yo seguía ligeramente mi camino sin más novedad que crujir algunas veces el hielo bajo mis pies, por lo que comprendí que no sería prudente volver por los mismos pasos; así es que

al llegar donde estaba el pato lo recogí sin pararme, y seguí mi marcha hasta alcanzar la orilla opuesta, donde ya en firme lo examiné y al pronto no le hallé la herida, hasta que llevándole colgado por el cuello principieron á caer por la cola unas gotas de sangre, y vimos, al reunirme con mi compañero, que la bala había entrado por el horcate del cuello saliendo por el ano, destrozándole todas las entrañas, pero sin estropear nada los huesos ni la carne, por lo que quedó en un estado perfecto para el asador, que fué el destino que le dimos, con acompañamiento de salsa hecha con vino tan bueno como de Burdeos, y aceitunas de la reina, que se pueden recomendar á los gastrónomos.

Después de reírme mi amigo amistosamente por el susto que le había dado á consecuencia de haberle atemorizado la duda de si se rompería el hielo con mi peso, habiendo por partes hasta 12 ó 14 varas de agua, no pudo menos de reconocer la gran ventaja del cañon rayado sobre el liso para el tiro con bala, y nos dedicamos á buscar las becasinas, etc., yendo yo por medio del prado, y D. José por la orilla donde no podía mojarse los pies, tratando yo con ayuda del perro de levantar la caza y echarla hacia él. Al poco rato principió el perro á dar vueltas á un pequeño espeser de carrizos, erizando el pelo y gruñendo, por lo que conocí que no era pieza común la que allí se ocultaba. Tomé la vuelta de modo que el espeser quedase entre los dos, y acercándome y animando al perro, hicimos saltar en dirección á D. José un magnífico macho de avetoro con un pico de un palmo, el cuello y cuerpo de una vara, y las patas con sus largas y aceradas uñas de unos tres palmos.

Sorprendido D. José con la inesperada aparición de tamaño avechuelo, tardó un poco en tirar, alicortándole tan solo cuando lo hizo ya á larga distancia, de modo que cayó en un pequeño claro del prado, donde por estar cercado de fuentes y acequias solo podía ir yo con el perro: al acercarse este al avetoro fué recibido con un soberbio picotazo que por fortuna no le alcanzó de lleno, pues se han visto casos de pasarles á los perros una pierna por el muslo, y hacer á un cazador una herida de una pulgada de profundidad después de pasar el botín de cuero y el pantalón. Escarmentado con tal saludo, principió el perro á dar vueltas alrededor del ave, que giraba sobre sus pies, presentándole siempre el pico con el cuello encogido, preparándose á lanzarle otra estocada certera al primer descuido que lo pusiera á su alcance, y á secundar el golpe con sus uñas, que son más temibles que las de varios gatos reunidos. Hermoso estaba el avetoro; sus verdes ojos brotaban chispas de rabia; todas las plumas del cuello y la cabeza, erizadas y vueltas hacia adelante, le formaban como una peluca á lo Luis XIV, ó una melena de león: de su entreabierto pico salía un chillido estridente, casi metálico, mientras el perro, aullando de furor y dolor, trataba en vano con sus rápidas vueltas de cogerle la retaguardia. Para evitar alguna catástrofe al perro, tomé parte en la contienda con precaución para que no me alcanzase algún golpe extraviado, y llamando la atención del ave por un lado, pudo el perro arrojarle sobre su espalda dándole un bocado entre las alas que lo puso fuera de combate.

Seguimos nuestra vuelta tirando algunas becasinas y otras aves, y á pesar de que no estuvimos muy felices, al volvernos al pueblo llevábamos, además del colliverde y avetoro, dos zarce-

tas, un pato silbador y siete becasinas, sin contar varias piezas que no se pudieron cobrar.

R. A. M.

## CORRESPONDENCIA.

Sr. D. Marcelino Bautista.

Muy señor mío y amigo: Por hallarnos en época de prohibición, nada he tenido que comunicar á V. Aguardamos con impaciencia el 1.º de Agosto; algunos no han podido contenerse, y salieron el 26 del actual.

Esperamos tener algunos bandos de perdices y bastantes conejos, si bien la abundancia hubiera sido grande en el caso de haberse guardado la veda, porque este país es á propósito para la caza; pero como durante este tiempo muchos han salido al campo con objeto de buscar las nidadas, se han apoderado, unas veces de los huevos, y otras de los polluelos. En cuanto á conejos han sido muy perseguidos con trampas y lazos; así es que se han muerto muchísimas hembras.

Para evitar esto es necesario no descansar hasta que las autoridades adopten medidas enérgicas y dicten reglas fijas y claras, para que nunca pueda alegarse ignorancia por los infractores. Si no se pone coto á estos desmanes, nos veremos en la precisión de guardar las escopetas.

Hasta otro día que tenga algo que referirle su afectísimo amigo

Luis Piqué.

Tarragona 29 de Julio de 1867.

Sr. DIRECTOR DE LA CAZA.

Muy señor mío y amigo: No puedo menos de alegrarme al ver los esfuerzos que algunos aficionados hacen para atender á la cría y conservación de la caza. Aquí no se respeta la veda, ni aun se conocen las prescripciones legales que la determinan. Pero gracias á que este país parece privilegiado por la naturaleza, podemos disfrutar de nuestra diversion favorita aunque no hay la abundancia de caza que debería haber si se cumpliera la prohibición de cazar en la época que ha terminado.

Hace pocos días salimos unos amigos á echar un trasnoche, y matamos diez y seis piezas, habiendo ocurrido un incidente que pudo producir tristes resultados.

Á uno de mis compañeros se le reventó la escopeta; pero afortunadamente, sin graves consecuencias. Creo que debe tenerse mucho cuidado con las escopetas, y que es de mucha utilidad todo lo que se enseña y aconseja respecto del manejo de armas.

Suyo afectísimo

L. GARRIDO.

Navas de San Juan 7 de Agosto de 1867.

## CRONICA.

En el número de este periódico correspondiente al 31 de Mayo de 1866, decíamos lo siguiente:

«Nuestros lectores tienen conocimiento de la polémica que han entablado nuestros amigos don Luis Ortega y D. Luis de Chinchilla, por conse-

cuencia de un artículo que publicó el primero de dichos señores acerca del reclamo de perdiz hembra; é indudablemente se habrán convencido del modo digno y decoroso con que cada uno ha expuesto su opinion. Por nuestra parte, no podemos prescindir de enviar á dichos señores la expresion sincera de nuestra gratitud, porque si estas luchas son siempre útiles y sirven de saludable enseñanza, cuando tienen efecto en la forma en que lo han hecho los Sres. Ortega y Chinchilla, honran á la vez á los contendientes y al periódico elegido para el debate.»

Hoy repetimos lo que decíamos entónces. Las columnas de LA CAZA están siempre abiertas para discutir en ellas cuestiones de más ó ménos importancia, ventiladas digna y decorosamente, sin que nos ocurra nunca el imponer otro periódico á la persona que quiera refutar una idea vertida en escritos insertos en el nuestro, pues dentro de una misma publicacion puede debatirse todo género de cuestiones.

Lo que no haremos nunca será admitir ninguna clase de relaciones con personas ó periódicos que, por solo el gusto de mortificar, se olviden de las costumbres establecidas y de las consideraciones que mutuamente nos debemos en sociedad.

Desde el día primero del actual se expiden los documentos de vigilancia con arreglo á lo prevenido en la ley vigente de presupuestos.

Las licencias para uso de armas cuestan 30 reales, y gratis para los pastores y guardas jurados.

Las licencias para cazar por afición, 40 rs., y para hacerlo por oficio y en caseríos ó posesiones rurales, 30 rs.

Para pescar por afición, 30 rs., y para pescadores de oficio, 20.

No podemos dar cabida en este número á diferentes cartas que tenemos en nuestro poder, y que aumentarán notablemente en el próximo la seccion de *Correspondencia*.

Durante la corta ausencia del Director de este periódico, no se alterará en lo más mínimo la marcha establecida, ni dejarán de ser contestadas las cartas que así lo exijan.

Hoy termina la subasta para el descaste de conejos de todos los terrenos pertenecientes al Real heredamiento de Aranjuez, cuyo resultado ignoramos todavía.

Con este motivo creemos oportuno suplicar al Excmo. Sr. Mayordomo mayor de S. M. se sirva publicar con más anticipacion los anuncios para esta clase de subastas, á fin de que haya tiempo suficiente para que sean conocidos dentro y fuera de Madrid.

Con el epigrafe *Remedio contra los cólicos de los caballos* publica un periódico las siguientes líneas:

«M. Wenden se ha servido con éxito, por espacio de mucho tiempo, de un remedio muy sencillo para curar los cólicos de los caballos, que, segun dice, una experiencia de muchos años le autorizaba á llamar sobre él la atencion de los labradores y propietarios. Este remedio consiste

sencillamente en una lavativa de agua fria, administrada, no como se hace generalmente, por medio de una jeringa de mano, que casi nunca suele producir buen efecto, sino por medio de un instrumento particular, semejante en un todo á una bomba de incendio ó de jardín.

El instrumento se reduce á una pequeña bomba de presión, montada sobre un carretoncito, cuyo fondo puede contener 73 á 80 litros de agua. Un depósito de aire que hace parte de la bomba, sirve para darle un movimiento enérgico y continuo.

Cuando algun caballo es acometido por uno de esos cólicos que con tanta frecuencia les molestan, se vierte agua fresca, si es verano, recién sacada del pozo, en la cavidad del carretón que sirve de depósito, y se administra al animal como la mitad del agua en él contenida; es decir, unos treinta ó cuarenta litros de una sola vez, y teniendo al caballo echado, que es como suele estar cuando sufre los fuertes dolores del cólico.

Aun cuando la cantidad de agua parezca algo excesiva, se puede continuar la acción de la bomba hasta tanto que el caballo no resista más agua y se levante por sí mismo: únicamente es preciso tener mucho cuidado de que haya en el depósito más agua que la que se consuma; porque de otro modo, al concluirse, el aire pasa por las válvulas ó lengüetas de cuero de la bomba, y es introducido en el interior del animal con el agua, lo cual puede anular los buenos efectos del remedio. Uno de los caballos tratados por este método sufría con frecuencia violentos accesos de cólico, y padecía por largo tiempo despues del acceso; pues bien, desde la aplicación de este remedio, y á despecho de una alimentación de patatas cocidas al vapor, que tan fácilmente provoca esta afección, el caballo está sano, y quizá más robusto que los demás de la caballeriza.

#### Copiamos de *Los Sucesos*:

«Miopótamo es el nombre que se ha dado á un nuevo mamífero con que se ha enriquecido recientemente el Jardín de plantas de París, y sobre el cual ciertos periódicos franceses han publicado particularidades interesantes quizás, pero desgraciadamente inexactas, que creemos oportuno rectificar, dando al efecto los detalles que se tienen por más verídicos.

El miopótamo pertenece á la primera división de la segunda tribu de los roedores, que parece formar la transición entre las ratas y los castores.

Su pelaje, parecido al del castor, ha sido á veces empleado en el comercio de peletería; y antes de que se hubiesen fijado los detalles zoológicos precisos de este animal, se importaban ya las mejores pieles bajo el nombre de Raconda; mas hoy está completamente abandonado este ramo del comercio.

Anotaremos, como carácter distintivo de este animal, que las manos de la hembra son casi dorsales, y se hallan situadas solamente á algunos centímetros de la columna vertebral, lo que explica sus facultades natatorias, y la facilidad con que puede trasportar por el agua su familia, compuesta de cuatro ó cinco hijuelos.

El miopótamo es de un carácter dulce, y toma cierto cariño á los que le cuidan; come cuantos alimentos se le ofrecen, y es susceptible de reducirse al estado de domesticidad.

En el estado natural ó salvaje habita el borde de los ríos, en cuevas que se cava por sí mismo,

y alrededor de las cuales nada con gran facilidad. Este animal es muy común en las provincias de Chile, de Buenos-Aires y de Tucuman. Se encuentra también, aunque raramente, en el Paraguay y el Brasil, según dice Chenu en su *Enciclopedia de historia natural*.

Ya se ha celebrado en París el concurso de animales de corral, de los auxiliares de la industria y la agricultura, y de las razas caballares.

Este mes tendrá efecto el de perros de pastor, de guarda, de caza y de otras varias castas.

De todo tendrán conocimiento nuestros lectores en las reseñas que continuaremos en el mes de Setiembre próximo.

Se ha fundado en París una sociedad que tiene por objeto contribuir á la multiplicación de los insectos útiles, y á dar á conocer los medios de destruir los dañosos.

Consignamos con gusto á continuación los nombres de las personas que más han contribuido y que con más fé trabajan para la realización de este pensamiento:

Sres. Barrot y Bonjeau, senadores; el doctor Bois-Duval; el coronel Conraud, y los señores Hamet, Valserrres, Lavalette y Richard.

Acaba de publicarse, aprobada en junta general, la Memoria de la sociedad central de cazadores de Francia, autorizada por el ministro del Interior, para la represión del contrabando. En este documento se demuestra que dicha sociedad ha seguido prestando grandes servicios á los cazadores, y que se han de conseguir mejores resultados, si todos los interesados se agrupan al rededor de ella.

En la última temporada se han aprehendido con lazos, trampas y otros útiles prohibidos 263 delincuentes, que entregados á la policía han sido sentenciados á prisión y multa.

Varias sociedades de esta clase existentes en diversos departamentos del imperio, han acordado su fusión en la central, aunando de este modo los esfuerzos de todos contra las asechanzas de los merodeadores.

Confiamos en la bondad de los señores que nos adeudan cantidades por suscripciones, ó cuyas renovaciones deben hacerse este mes, que se sirvan remitirnos el importe de unas y otras en sellos ó libranzas á favor del Director de LA CAZA, á cuyo nombre se seguirá remitiendo la correspondencia.

## ANUNCIO.

### Á LOS CAZADORES.

Se acaban de recibir, en comision, unas nuevas camas de campaña, que reúnen á su economía la comodidad en su servicio.

Centro industrial: Pasaje de Matheu, núm. 13.

*Por todo lo no firmado,*

El Editor responsable, D. Domingo de Castro.

MADRID.—1867.

Imprenta de M. Tello, San Márcos, 26.